



## CAPÍTULO XI

Rosa evita cuanto puede el presentarse en público y se reduce á muy estrecha celda.

**C**omo antiguamente el amor de la soledad se apoderó de Santa Catalina de Sena, y siendo muy niña la sacó de su casa y la puso fuera de la ciudad, buscando en despoblado cuevas y grutas donde hacer vida heremítica, así también enseñó á Rosa desde sus primeros años á buscar los rincones solitarios de su casa y huir el trato y el comercio del mundo. Solían acudir á su casa muchas niñas de los vecinos, deseando jugar con ella. Este es el primer cuidado de aquella edad. Traían sus muñecas y conformándose con el sexo y con las años, entreteníanse en vestir las y engalanarlas. Cada una á competencia, y con emulación inocente enseñaba su muñeca á Rosa, que no despegaba los labios, rogándola y persuadiéndola que ella también hiciese otra, y se la diese á ver. Rosa decía, que ni quería tener muñecas ni tocarlas; porque había oído decir que el diablo una vez había chillado

como si fuera un pájaro en una muñeca: acaso tendría esto por fundamento haber hablado el demonio en algún idolillo pequeño de los indios antiguos. Así que dejando á las otras niñas ocupadas en el juego de las muñecas, se retiraba á un rincón secreto, para vacar con más quietud á otros pensamientos ocultos, que la llevaban más la atención. Cogiéndola una vez su hermano en tal lugar, y casi con el hurto en las manos, preguntóla cuál era la causa de que no se entretenía en jugar y alegrarse con las otras niñas; y por qué gustaba más de estarse ociosa y retirada en los rincones llenos de polvo, de mosquitos y telarañas? A lo que respondió la virgen con más seso que pedía su edad: «Dejadme aquí escondida y sola con mi Dios; quié sabe si asiste tan propicio entre aquellas muñecas como lo está aquí?»

Crecía con los años el deseo de vivir retirada. Y así viendo que en el huerto de su casa, junto á las cercas había unos plátanos, cuyas dilatadas ramas hacían apacible sombra, escogió aquel lugar para formar un oratorio apartado de la vista de los domésticos, tomando por ayudante de la fábrica á su hermano Fernando. Allí, entretegiendo ramos, mimbres y matas hizo una pequeña choza, cubriéndola por arriba con frondosos arcos. Dentro hizo un pequeño altarcito pegado á la pared. Puso en él una cruz de cartón, adornada con flores y plumas de varios colores, y cuantas estampas y sagradas imágenes podía haber á las manos, llevábalas luego al famoso templo que había erigido. Parecíale á Rosa que estaban allí reducidos todos los gustos y delicias del mundo, y no sabía salir de aquella soledad en todo el día. En cenando, en levantándose de la cama, íbase luego á aquel sagrado, donde hallaba ocasión de oración y meditación. Aquel era el asilo donde se recogía para librarse del bullicio de las chanzas y conversaciones ociosas, vacando sólo á sí y á las cosas del cielo. Fuera de este paraíso en ninguna parte hallaba quietud y descanso, tanto que era dicho común de la

casa: «Quien quisiere hallar á Rosa váyase al huerto.» Y porque sólo de día podía gozar de este consuelo, llegando á más años, consiguió de su madre la señalase dentro de su casa un aposento donde pudiese pasar la noche en soledad, apartada de los otros hermanos. Fueron éstos, preludios tempranos, que se descubrieron en la tierna inclinación de la virgen; para que de estos preámbulos pudiese conjeturarse lo que sucedería cuando fuera más avanzada en edad.

Había ya llegado á edad suficiente para salir con su madre y acompañarla á las visitas de más cumplimiento. Pero como la tiraba tanto el amor del yerno, érale molestísimo ver y ser vista en público. Y así ya con ruegos, ya con lágrimas suplicaba á su madre que no la llevase fuera consigo. Causaba esto mucha admiración á María de Oliva, no comprendiendo por entonces de qué causa podía nacer que solo Rosa aborreciese aquello que otras doncellas suelen desear y pretender con tantos desvelos y diligencia. Así que muchas veces aunque veía el disgusto de la virgen, la obligó con mandatos á que saliese con ella á visitas, cierta que en oyendo precepto suyo, había de obedecerla sin réplica. En una ocasión, diciéndola que había de ir á cumplir con algunas visitas y que la acompañase, no sabiendo Rosa con qué medio impedirlo, pasando junto al horno de casa dejó caer de propósito sobre un pie una pesada piedra de las que estaban á la boca, y con la herida y el golpe, cojeando sin fingimiento, consiguió que no la sacasen fuera.

Otra estratagemata no menos ingeniosa se ocurrió á esta virgen, tan enamorada de la soledad, con que redimir la vejación de salir en público. En barruntando que su madre había de mandarla prepararse para salir á visitas, muy de secreto solía estregarse las pestañas y párpados con pimienta fina. Y con esta diligencia se le encendían los ojos y parece que despedían llamas. Poníanse llorosos, como si les hubiera sobrevenido alguna gran fluxión. Con esto, cuando su ma-

dre la llamaba para ir á la visita, bastábale por excusa para quedarse mirarla á los ojos hinchados, escocidos y que destilaban lágrimas. Compadeciéndose de ella su madre, al verla en tal estado, porque el aire de la calle no hiciese daño á los ojos, que veía tan lastimados, la daba licencia para que se quedase retirada en lo más oscuro de la casa, que era lo que ella más deseaba. Duro modo de escaparse, traza costosa; pero Rosa estimaba más que las niñas de sus ojos el quedarse en casa como anacoreta. Largo tiempo le valió esta astucia, hasta que la misma repetición y frecuencia, haciendo caer á su madre en sospecha, vino á descubrir el secreto. Sucedió el caso del modo siguiente. Se habían dado palabra D.<sup>a</sup> Luisa de Vargas y Carvajal y María de Oliva de ir cierto día con sus hijas á pasear en coche y visitar un celebrado santuario de Lima, donde está la imagen de Nuestra Señora de Monserrat. Llegó el día señalado; paró á la puerta el coche con D.<sup>a</sup> Luisa y con su hija D.<sup>a</sup> Isabel Mejía. La madre, dispuesta ya, llamó á Rosa para que tomasen ambas el coche. Mas la virgen vino luego á su presencia con los ojos hinchados, inflamados los párpados y echando sangre, de puro colorados, dando á entender con esto que la fluxión de los ojos, la inflamación, el dolor, el pestañear aprisa eran causas suficientes para no exponerse por todo un día á la destemplanza del aire y á la fuerza del sol. Aquí, finalmente, acabó de caer en la cuenta su madre, haciendo algunas reflexiones sobre lo pasado; y después de haberse excusado cortésmente con D.<sup>a</sup> Luisa, á título del achaque de los ojos de Rosa, comenzó entre sí á pensar con atención qué misterio tendría que su hija saliese con fluxión de los ojos cuando se ofrecía el recibir visitas de señoras ó el tener que hacerlas. Miró y remiró con grande advertencia el rostro y los ojos de la virgen, vió que no era fingimiento y que de veras estaban enconados y sangrientos, y que el llorarle los ojos, el estar tan inflamados los párpados, eran testigos abonados, aunque mudos,

del dolor y sentimiento que padecía. Con todo esto, usando de la licencia de madre, y pegando su rostro con la boca y nariz de Rosa, la dió luego el olor de la pimienta, y lamiendo con la lengua los párpados, descubrió lo que ponía encarnados á su hija los ojos. ¿Quién podrá pintar aquí la indignación, la impaciencia, los gritos, las afrentas, que como si fuera un nublado de piedra y rayos, descargó de repente sobre la inocente Rosa? «¿A dónde tiran, decía, estos engaños? ¿Para qué pueden ser buenos estos embelecos? Si el fin era traer engañada á tu madre y burlarte de ella, ¿qué atrevimiento infame es jugar con la vista, poniéndose á peligro de perder los ojos? ¿Tan presto te has olvidado, malvada hembra, de lo que sucedió poco ha con la esclava de Fernán Méndez, que usando de semejantes embustes, y refregándose los ojos con pimienta y ajos, ha quedado ciega?» A todo esto respondió Rosa con brevedad y modestia: «Por mejor tuviera, madre mía, perder la vista, que emplearla en mirar las vanidades del siglo.» Esta satisfacción hizo gran fuerza á su madre. Dióle licencia para que se estuviese en casa cuanto quisiese; con condición de que no se salpimentase otra vez los ojos. Tanto como esto le costó á Rosa la licencia de estar en casa, aunque fué tan tarde. Pocas quisieran dar tan subido precio por ella, y comprarán de buena gana á peso de oro la facultad de no estar un instante recogidas en casa.

Después de algún tiempo, por inspiración divina, descubrió nuestra santa medio más sencillo para llevar adelante sus propósitos de soledad completa. Pidió á sus padres con todo rendimiento y respeto le concediesen en el más retirado rincón del huerto, lugar y espacio para trazar una celda solitaria, que ella deseaba no excediese las medidas de su estatura, haciendo una pequeña ventana, cuya llave había de tener ella sola, si gustaba su madre; porque intentaba, sin perder un punto de tiempo emplearse toda utilísimamente en el trabajo de manos, en el estudio de oración

y meditación y recogimiento de espíritu. Daba para esto razones sólidas y de peso, que el cielo y el deseo de servir á Dios le dictaban. Contradecía su madre, rehusando que se enterrase su hija viva en tan estrecho sepulcro. Después de muchos ruegos, sin fruto; después de verse despedida, con obstinación y porfía acudió la virgen, como solía, á los socorros del cielo. Invocó primero á Dios nuestro Señor, luego á su Santísima Madre, para que con poderosa mano hiciesen que viniese en ello su madre; y no dudaba que había de ser oída. Y así movida con impulsos del cielo esperaba prendas que la asegurasen, y vino á conseguirlo. Sucedió el caso de esta manera. Tenía la virgen, entre otras alhajas de su pobre tesoro, una corona de cuentas de coral. Solicitó Rosa que se pusiera en el cuello de la imagen del Santísimo Rosario, adornándola con esta preciosa joya. Llamó con este fin á un religioso conocido, para que sin dilación la pusiese en la imagen. Descuidóse él algún tanto, acaso por estar muy alta la imagen y no haber á mano escalera ninguna. El día siguiente vino Rosa á oír misa, y viendo que aún no estaba puesta su corona en la imagen, rogó con mucha instancia al sacristán mayor la pusiese, porque le iba mucho en esto; ya que intentaba cautivar á la Madre Virgen con estas amorosas prisiones, para que así saliese por fiador el Hijo que tenía en los brazos. Eran estas últimas palabras enigmas que no entendió por entonces el sacristán, quien puso en ejecución lo que decía Rosa; arrimando al altar la escalera, no sin trabajo, colocó la corona en el cuello de la santa imagen. Llegóse el día, en que cumplido el plazo, había de ejecutar Rosa al fiador de María Santísima. Fué con estos intentos á la iglesia de Santo Domingo, entró en la capilla del Rosario y vió que la corona de coral que hasta allí había estado en el cuello de la Madre, se había pasado á la mano del Hijo. Lo mismo vieron cuantos estaban presentes en la capilla, aunque ignoraban el misterio, y pensaban que lo habría hecho el sacris-

tán. Avisado éste del prodigio, vino, y llenóse de asombro, porque estaba muy cierto que ni él ni otro ninguno de los que servían en la capilla había mudado la corona desde que se puso en la imagen. Solo Rosa era sabedora del milagro, y sentía gran contento por ver que el cielo apoyaba sus deseos. La Reina Santísima del Rosario había concedido la gracia que le pedía Rosa. El Hijo había salido por fiador, y por esto había trasladado á su mano la prenda de coral; dando á entender que estaba su Madre libre de la promesa y que corría por su cuenta el ponerla por obra.

Con este portentoso quedó asegurada Rosa. Parecíale que ya tenía en las manos lo que deseaba, y así trató de enviar á su madre honorífica legación, siendo los embajadores el Maestro Fr. Juan de Lorenzana, catedrático de la Universidad de Lima, D. Gonzalo de la Maza, contador del rey, y Doña María de Usateguí, su mujer. Día era de la Purificación de Nuestra Señora, cuando entraron los tres á hablar á la madre de Rosa, proponiéndole el constante propósito que tenía de edificar una celda angosta y solitaria, donde nadie pudiese hablarla ni verla sin licencia del confesor. No interpusieron ruegos para persuadirla, antes la daban congratulaciones y parabienes de que tuviese tal hija, y de que ella emprendiese tal retiro y recogimiento. La madre, que hasta allí se había obstinado siempre en negar, ahora, blanda como la cera, se allanó á todo sin pedir un instante de tiempo para mirarse en tan difícil punto. Y como era Dios fiador de su Madre, cumplió el empeño, dando á conocer que no menos tenía en su mano el corazón de la madre de Rosa, que los corales que había trasladado á sus dedos, estando primero en el hermoso cuello de María.

Concluido este negocio tan felizmente y lograda tan deseada licencia, cuál sería el regocijo con que pasó Rosa aquel día? Parece que se venía rodado lo que canta la Iglesia del santo anciano Simeón y se verificaba en la virgen: *Responsum accepit Simeon a Spiritu San-*

*cto.* Con santo atrevimiento, aunque con desigual motivo, cantaba en su corazón con increíble alegría el *Nunc dimittis*, haciendo á su Dios la salva; como quien pisaba ya las arenas de la playa y poseía la seguridad del puerto, después de navegación larga y peligrosa, esperando gozar los apretados abrazos del divino Esposo, que aunque tierno infante, retira á sus esposas á la soledad para hablarles allí muy al corazón. Finalmente sentía en lo interior del alma avisos soberanos con el último responso de aquel festivo día, que dice: «Adorna tu tálamo Sión.» Y lo estrecho de la celda que preparaba, en todo parecía tálamo, no habitación humana. A Rosa se le hacían los instantes siglos, esperando que amaneciese el día siguiente para dar principio á su fábrica. Llegó al fin, y con toda diligencia comenzó á edificar el tálamo para el celestial esposo. Llevó al huerto los materiales, y en pocos días terminó la mansión humilde, estrecha y pequeña, en donde había de encerrarse. Tenía cinco pies de largo y cuatro de ancho. A uno de sus confesores le pareció habitación muy estrecha, á quien ella satisfizo en breves palabras con agudeza y donaire: «Bien cabemos en ella yo y mi Esposo celestial.» ¿Qué mucho si era tálamo que había dispuesto la hija de Sión abrasada en amor divino para festejar á su Esposo?

Puestos en ejecución sus deseos, teniendo ya donde retirarse en la soledad de aquel nuevo yermo, empleó todo su cuidado en gozar estas felicidades, y en que no se le pasase un instante de tiempo sin mucho fruto. Aquí se encontraba todo el día y la mayor parte de la noche entretenida y gustosa. Aquí repartía las horas, dando á cada una diversos oficios de devoción y ejercicios de piedad. Aquí libre de otros cuidados, con el uso de la contemplación, disponía en su corazón escalones para irse elevando más y más hacia el cielo, casi olvidada si vivía en cuerpo mortal ó fuera de él, como si fuera un ángel. Después que se encerró en este retiro fué Dios servido de manifestar en un rapto á cierta señora de

santidad conocida la virtud de Rosa. Mostrósele el Señor en forma de estrella lucidísima, cuyos rayos y claridad no podía encubrir ningún obstáculo ni impedimento. Lima, que por otro nombre se llama la Ciudad de los Reyes, también había de tener su estrella, que girando silenciosamente, guiase hacia la estrecha cuna del Salvador. Debemos de tocar de paso lo que muchos observaron en Rosa cuando vivía; la que se deleitaba maravillosamente en mirar al cielo cuando estaba más sereno. Algunas veces pasaba la mayor parte de la noche como pasmada, sin pestañear, ocupada en mirar el vistoso espectáculo de la multitud casi innumerable de estrellas que brillaban en el firmamento. Nada de extraño tiene, sin embargo, esto, para quien considera que nada más propio de la que era nueva estrella de la ciudad de los Reyes, que buscar su centro y girar dentro de su esfera. En el cielo tenía puestos Rosa todos sus cuidados y anhelos. Era esta virgen de condición é inclinaciones puramente celestiales; y como alma nacida para el empíreo, nada podía apartarla de registrar muy despacio en el sosiego de la noche los astros refulgentes que tanto adornan y hermocean la morada dichosa de luz y claridad, que es el cielo. Confesó ella misma, que descansaba y se reparaba de todos sus afanes y ahogos contemplando las estrellas. Y así persuadía á muchos que usasen de este ejercicio; porque la vista del firmamento, cuando está claro y sereno, se ha de contar entre los primeros incentivos y motivos eficaces que despiertan el espíritu para conocer á Dios. Bien claro es, en vista de esto, qué atinada andubo aquella religiosa matrona que vió á Rosa en forma de estrella, siendo tan amiga de ellas.

Los que sabían el afecto y devoción que tenía Rosa de asistir á los templos, y estar en lugares sagrados se admiraban de verla tan aficionada á su celdilla, y de que los días de trabajo fuese rara vez á la iglesia. No faltó quien movido de esto le preguntase cómo podía sufrir su corazón piadosísimo el no dejar su retiro siquiera

por la mañana, para oír misa todos los días, pudiendo volverse luego, sin detenerse, á su celda. Oigamos la respuesta de la candidez simplísima de Rosa, que sin duda nos causará asombro. Dijo, pues, á la persona que la hizo tal pregunta: «No la detenía el cariño de la celda, sino las ocupaciones de su madre, que atenta á los cuidados domésticos no podía todos los días salir de casa y oír misa; y que no tenía licencia de los confesores para ir sin ella á la iglesia; mas que la bondad divina por otro medio acudía á aquestos inconvenientes, haciendo que cada día desde el retiro de su celda oyese y viese no una sino muchas misas.» Preguntáronla el modo, y vino á averiguarse que era privilegio soberano que estando ausente de la iglesia con el cuerpo, estuviese presente con el espíritu, oyendo las misas que decían en el hospital de Sanctispiritus, que estaba cercano; y en la iglesia de San Agustín, que se hallaba á más de una milla de distancia. No puede negarse que era esto gran consuelo para una virgen tan devota, obligada por otra parte á vivir encerrada por no tener quien la acompañara al templo.

Reducida ya la virgen á vivir en su destierro, gozó de privilegios singulares para con los mosquitos; que mejor podríamos llamar obsequios que estos animalitos la tributaban. Era muy húmedo el sitio de la ermita en que hacía la santa vida de anacoreta; y por ser mucha la espesura de matas y árboles frondosos que la rodeaban por todas partes, era casi infinita la multitud de mosquitos que se criaban, fuera de los otros que llevaba al mismo lugar la fresca sombra de que naturalmente son muy amigos. Es molestísimo este género de animalillos para los hombres, tanto como el que más; porque con su pequeña trompa, inquietan por una parte y causan dolor por otra. Enjambres y ejércitos numerosos entraban en la retirada choza, especialmente cuando los ardientes rayos del sol al mediodía, ó el sereno al anoecer les obligaba á defenderse de la inclemencia de los elementos. Con todo eso no hubo uno

que entre tan pobladas legiones se atreviese á picar á Rosa. Hervían las paredes, pobladas por todas partes de cínifes. La puerta sonando con estruendo confuso parecía la entrada de una colmena. Bullían por la ventana el tropel y las avenidas de los que entraban y salían volando. Cautelábanse todos de no hacer asiento en la virgen, perdonando á su piadosa huésped; como si juramentados hubieran hecho concierto, pagando así la posada. Aconteció alguna vez entrar en el aposento su madre ó algunas otras personas, que con licencia del confesor venían á comunicar cosas de espíritu. A éstas, en sentándose ó junto á la puerta ó cerca de la ventana, no daba lugar para otra cosa el estrecho espacio de aquella cabaña, acometían luego en batallones cerrados, poniendo sitio á la cara y á las manos con velocidad y prisa. Si ahuyentaban á unos ocupaban otros el mismo puesto. Y los que estaban de emboscada, saliendo de repente sacaban la sangre, cuando menos se esperaba; dejando por trofeo y señal de la victoria, quemazón y ronchas en la cara, en las manos y en cualquier otra parte del cuerpo donde se parasen. Admirábanse los que esto experimentaban, viendo que Rosa se estaba días enteros quieta y sin moverse metida en esta plaga de Egipto. Crecía la admiración cuando advertían que ni en manos ni en rostro tenía una sola señal del combate sangriento de los mosquitos. Sonrióse la virgen y respondió á su madre y á otras matronas: «Cuando me entré en esta celda hice paces generales con estos cínifes; fueron las condiciones que ellos no me turbasen ni me afligiesen, y que yo en nada les haría agravio. Hemos cumplido puntualmente entrambas partes; y no solo gozamos con sosiego y sin hostilidades de esta común estancia, sino que ellos también á su modo me ayudan á cantar las alabanzas divinas.» Así sucedía en efecto; porque al amanecer, cuando Rosa abría las puertas de la celdilla y quitaba las aldabas á la ventana, decía á todos los que allí habían hecho noche: «Ea, amigos, levantarse á dar á Dios alabanzas», y

ellos luego, con una música blanda, zumbando, parece que entonaban cánticos alegres, y dividiéndose en tropas y girando alrededor mezclaban entre sí agudos murmullos, para alabar á su Hacedor, del modo que podían. Cumplida esta obligación, volaban todos á buscar que comer, ocupando diversos puestos. Del mismo modo, cuando al caer el sol volvían á recogerse, les intimaba Rosa, que antes que se acomodasen á tomar reposo, cantasen con ella los laudes de la tarde al común Criador. Y luego con alegre susurro y competencia sonaban los ángulos de la celda, con ruidos parecidos á los de la mañana; y duraba esta consonancia hasta que haciendo señal la virgen callaban todos, atados con las leyes del silencio de la noche, que es sagrado en la Orden gloriosa que había profesado Rosa de Santa María. El imperio sobre estos animalillos tan viles, estuvo reservado al estado de la inocencia. Tocóle tan de cerca Rosa, que pudo disfrutar en su celdilla de los privilegios del paraíso.

Sor Catalina de Santa María, de la Tercera Orden de Santo Domingo, y largos años compañera de D.<sup>a</sup> Leonor de Castro, solía visitar á Rosa en su yermo. Y no pudiendo sufrir la insolencia atrevida de los mosquitos, mató uno, después que estaba bien hinchado y embriagado con su sangre. Rosa cuando lo vió se quedó admirada y dijo: «¿Qué es lo que haces, hermana carísima? ¿Así quitas la vida á mis huéspedes?» Respondió Catalina: «¿Estos llamas huéspedes? No son sino enemigos carniceros y crueles. ¿No ves qué lleno estaba este cínife de mi sangre?» A lo que replicó Rosa: «¿Qué mucho es haber dado alimento con tu sangre á este animal tan pequeño, cuando nuestro Criador tantas veces nos apacienta con la suya? Y así no pases adelante castigando tan severamente á mis mosquitos, que yo te doy palabra, si así lo haces, que harán paces contigo, como las tienen conmigo.» Fué así, que de allí adelante ninguno picó ni sacó más sangre á Sor Catalina. Se tiene como cosa cierta que sucedió lo mis-

mo á la madre de Rosa, al contador D. Gonzalo, á su consorte D.<sup>a</sup> María y á otras muchas personas; para que no pudiese dudarse del imperio admirable que tenía Rosa sobre estas criaturas, que eran sus domésticos y los inquilinos de la desierta ermita que habitaba. Lo mismo experimentó Sor Francisca de Montoya, que era también Tercera de la Orden, aunque fué de modo diverso. Esta, pues, ocupada en pláticas espirituales y coloquios santos, que estando de visita, había travado con Rosa, viendo el asalto hambriento de tantos enemigos, asustóse un poco. Rosa cayendo en ello: «No temas, la dijo, carísima hermana, yo te aseguro que solos tres mosquitos te han de picar este día á honor de la Trinidad Santísima. Desde hoy en adelante quedarás libre de esta molestia, como yo lo estoy.» Sucedió así. Tres veces la hirió el aguijón del cínife. Desde allí adelante en la presencia de Rosa siempre estuvo exenta. Bien está que el retiro solitario por dispensa divina gozase del privilegio de esta inmunidad admirable; pero que pudiese Rosa comunicarle á todos los que allí asistían, sin duda es singularísimo.

Los tres últimos años que vivió Rosa en casa de D. Gonzalo, guardó casi igual soledad y desvío. Estabase todo el día y gran parte de la noche cerrada en el oratorio ó en los aposentos más retirados. No dejó por intentar prevención ni diligencia, sólo con el fin de excusar visitas inútiles. Algunas veces con permiso de sus confesores y licencia de D. Gonzalo iba á casa de su madre, para gozar á sus solas de las dulzuras de la antigua celda, y en muchas ocasiones se quejaba tiernamente, desahogándose con aquellos á quienes trataba familiarmente; y ponía delante el dolor y la pena que la afligía. Querellábase de que el estado de nuestro siglo y la honestidad del sexo no permitiesen el retirarse á la aspereza de los montes y buscar allí una gruta inculta entre las quiebras de los peñascos, donde vivir apartada de todo comercio humano. Alababa continuamente con santa envidia los felicísimos tiempos

de los ermitaños antiguos; suspiraba en oyendo que se hacía cualquier mención de los desiertos de Nitria y de la Tebaida; y para decirlo en una palabra, habíanse pasado á Rosa los encendidos deseos de Santa Catalina de Sena, con que antiguamente había buscado con ansias las cuevas remotas del yermo.

